

LA PRENSA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX

Sería el siglo XVIII, con su carga de erudición y clasicismo el que sentara las bases de la prensa como medio transmisor de ideas literarias y como uno de los fenómenos más sorprendente de la vida cultural de la época. Irrumpe pronto, tomando conciencia de su influencia orientadora en el gusto literario y, a la vez, como tribuna escogida para los literatos e intelectuales que empiezan a ver en ella el conducto idóneo para la difusión de las llamadas luces, ocupando el vacío, la carencia temática que dejaban libros y publicaciones periódicas. La prensa, antes de ser un espejo en el que se mira la sociedad en que nace, y un importante agente de transformación social, se significa, asimismo, por poner desde sus inicios en manos del pensador o del erudito un poderoso instrumento difusor de opiniones y escritos.

De manos de la Ilustración, pues, asistimos, a la confirmación, en unos casos, y al alumbramiento, en otros, de una prensa, que al final del XVIII apunta en estas direcciones:

1. La oficial, ya consolidada, y representada por la Gaceta gubernamental.

2. La literaria.

3. La diaria y política.

4. La popular, en manos de los ciegos y que mediante la reproducción fraudulenta de gacetas y relaciones oficiales, acerca, en un lenguaje más asequible, las noticias al pueblo.

En cualquier caso, aunque trazadas las incipientes líneas maestras, no sería hasta el siglo XIX en el que, con toda propiedad, podemos referirnos a la prensa como una realidad que surge, evoluciona y alcanza su vida adulta en el mismo siglo. En resumidas cuentas, representa para este período lo que para el nuestro los modernos medios de comunicación, especialmente, radio y televisión. Su influencia, difusión, contenido y propósito irá cambiando al vaivén de factores políticos, culturales o sociales, hasta lograr sus rasgos genéricos más persistentes.

Y lo hace en un siglo en que si hay una constante que lo marque, sin contar lo que nos llega de fuera (Guerra de la Independencia y ocaso sangriento del imperio de ultramar), es el asalto al trono del país, con frecuentes revoluciones, restauraciones, exilios, guerras civiles, incontables golpes de Estado, duelos a muerte entre aspirantes al trono, derribos y enloquecidos pasos de nuevos regímenes, a los que la promulgación de discutidas leyes y constituciones, les vale de bien poco.

Desde esta perspectiva, no puede decirse que sea materia, precisamente, lo que le falta a la prensa, para ofrecer a un público que, en función de sus pocos lectores, le es fiel, pero escaso. Eso de cara la calle, pero mirando hacia adentro, a un ritmo no menos

delirante y vesánico que el recorre a la nación, la prensa, sufre, más que redacta, sus propios fastos: sobre todo porque las opiniones del medio crean temor entre los que no las comparten ni, lo que es peor, las respetan. Así, bandas de desalmados, cuando no el mismo ejército encubierto, fustigan con asaltos las redacciones de los diarios, incendiando y asesinando, si hace falta, a sus ocupantes. Para no ser menos, también en las sedes de los periódicos se intriga y, a veces, se preparan golpes de Estado. Sin embargo, pese a todo, hay un tiempo en el que todo intelectual que se precie, para serlo, ha de ser parte del periódico; otro, en el que los políticos son los dueños y señores de los medios impresos; mientras que en otros, llega un momento en el que se confunden política y literatura y sus respectivos ejercicios en la prensa. En todo instante, es evidente que la profesión vive entre el riesgo y el sobresalto, a expensas de terceros para escribir y mantenerse.

La prensa que prolifera con largueza en torno a Cádiz y sus Cortes es tan impulsiva como efímera y explosiona libérrima con la Constitución de 1812. Liberales y serviles, mientras prodigan mutuamente su desprecio, exprimen hasta la saciedad el jugo de la libertad de imprenta que regula las nuevas disposiciones.

El periodo absolutista que sigue hará acallar de mala manera las voces liberales y ahogará la libertad de imprenta. Tras el pronunciamiento de Riego en 1820, al restablecerse la libertad de expresión, una inmediata oleada de letra impresa, en la que

predominan las publicaciones que apoyan a las distintas facciones de los liberales, invade con sus ríos de tinta el panorama español. En cualquier forma, para algunos intelectuales que se sienten acosados todavía, la recién implanta situación es acogida, sin embargo, con escepticismo, cuando no con verdadero temor: “No escribas, no imprimas, no hables, no bullas, no pienses, no te muevas y aunque quiera Dios con todo eso, te dejen en paz”, escribiría Moratín.

A vuelta con el absolutismo que abarcará todo una década, la comprendida entre 1823-1833, la prensa, surcando ahora las aguas procelosas de la intransigencia, sigue, pese a todo su desarrollo, en la creencia de que de él derivará en buena medida la del pensamiento religioso, político y literario del siglo decimonono.

La poca utilización que se hace del libro viene condicionada por el hecho de que sólo un ocho por ciento de la población española sabe leer y escribir. Este pequeño porcentaje es el que sacia sus ansias de lectura en el encuentro semanal o diario que le proporciona la prensa.

La cultura, pues, más que nunca, hay que buscarla en la prensa, porque utilizando la pluma ya para satirizar los poderes establecidos, apoyar un sistema o dar vida a un poema o un relato, el intelectual acude, cuando no lo crea él mismo, al periódico. El periódico, no cabe duda, ha ganado por estas fechas, abiertamente y por largo tiempo, la partida al libro. Este es un valor en franco

retroceso ante el empuje del nuevo medio. Las razones las aporta, con su perspicacia, Mariano José de Larra:

“Un libro es, pues, a un periódico lo que un carromato a una diligencia. El libro lleva las ideas a las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan a pequeñas jornadas como esta lleva la gente a las provincias. Así sólo puede explicarse la armonía, la indispensable relación que existe entre la ilustración del siglo y la escasez de libros nuevos”.

El paso de estos años, que podemos considerar en lo político como de transición de un período absolutista a otro liberal, también nos deja huellas de las importantes mejoras que en el aspecto técnico introduce la prensa en pro de una evolución que ya era una realidad en naciones como Francia e Inglaterra. De ellos se importa la más moderna maquinaria, acorde con la importancia adquirida por la prensa, asociado al auge de las imprentas y de una profesión, la de impresor, que es altamente estimada y que da trabajo cualificado por todo el territorio a miles de jóvenes.

Los avances tipográficos impregnan, pues, el desarrollo del periódico, al que apoya una sociedad imbuida, cada vez más, del pensamiento de Larra de ser aquél “el gran archivo de los conocimientos humanos” y de que si había algún medio en el siglo de ser ignorante, era no prestando atención a los periódicos, en referencia, naturalmente, a quien teniendo conocimientos y facultades para hacerlo no leía, y no al desalentador noventa por

ciento de la población, impedida de este menester por su reconocido analfabetismo.

Un año relevante para el panorama de las publicaciones literarias andaluzas es el de 1839, en el que resaltan, junto a otras varias, dos de periodicidad semanal y localización en las ciudades de Granada y Málaga.

Precisamente, la granadina *La Alhambra*, nace bajo la tutela de la Asociación Literaria y Patriótica que, a su vez, había salido a la luz al amparo de la Constitución liberalizante de 1837, desapareciendo, más tarde, con la subida al trono de Isabel II y las nuevas leyes reaccionarias promulgadas por Narváez. Para entonces la Asociación ya se había transformado en Liceo. La revista, que se mantiene algo menos que la sociedad, desaparece en 1843, tras cuatro años de vida. Como su más ilustre colaborador, *La Alhambra*, tuvo a José de Espronceda, a quien la sociedad recibe como miembro en 1839. Agradecido aquél, entrega para su publicación un fragmento de *El Estudiante de Salamanca*.

Con un parecido torrente, mezcla de literatura y romanticismo, fluyendo copiosamente por sus páginas, *El Guadalhorce*(1839), por su parte, a su importancia como órgano representativo del movimiento romántico en la ciudad, une también otros elementos de interés para la historia de la prensa local, como el de ser el primer periódico ilustrado que se publica en Málaga.

Mayor realce merece la aportación a sus páginas de destacados escritores e intelectuales del momento, tales como Ramón de Campoamor, Espronceda, Juan Valera, Antonio Ríos Rosas, Manuel Cañete, Julián Romea y otros.

Hacia la mitad del siglo, las distintas ideas que alimentan el fuego de los partidos progresistas, moderados y republicanos, y aun sus facciones, están avaladas por un periódico que se constituye en portavoz singular de cada doctrina. Entre ellos comienza a tener cada vez más fuerte presencia la prensa satírica, que con un lenguaje culto, aunque desenfadado, arremete sin piedad contra todo el sistema, desde los partidos políticos a los gobernantes en el poder. En la misma medida y con idéntica dureza es perseguida por los que critica. Debido a ello, e incluso contando con la aceptación con que la reciben los lectores y la ilegalidad en que se enmascara para escapar de las leyes, ocultando el nombre y la fecha en ocasiones, casi siempre perece, víctima de su propia audacia y de los continuos cierres. Es una prensa, no obstante, que no dejará de proliferar hasta acabar el siglo, con una presencia grande cuando puede expresarse sin temor, como ocurre tras el triunfo de las revoluciones liberales.

A esta altura pues de la centuria, el escritor es consciente de la imparable fuerza de un medio de comunicación que parece hecho a medida para navegar por unos tiempos en los que, precisamente, la única singularidad que los distingue es la desorientación, la pérdida de fe en las instituciones. Diría Balmes:

“Por la prensa insinúa un monarca sus voluntades, por la prensa se avisan los conspiradores, por la prensa hacen los partidos sus declaraciones de guerra, su señal de rompimiento de hostilidades, sus treguas, sus reconciliaciones, sus alianzas; por la prensa se vindica la inocencia o desmiente sin rubor el crimen desvergonzado; a la prensa acuden las doctrinas disolventes y las conservadoras, las venenosas y las saludables; de la prensa salen las lecciones desesperantes y las palabras consoladoras; de la prensa brotan el amor y el odio, la paz y la guerra, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, el bien y el mal”.

Dentro de los que dan vida a la prensa, ésta va a ser cantera de hombres de Estado, o, si se quiere ver de otra forma, va a servir como seguro trampolín para ocupar cargos de importancia en el Gobierno de la nación. Con todo, la libre expresión de todas las opiniones es más una frase por la que se clama en las columnas de los periódicos que un logro. Abundan los detenidos por delitos de imprenta y la difusión por correo se ve cercenada por excesivos impuestos que la hacen difícil. La llamada “década moderada”(1843-1854) no es tal en la resolución de los males y conflictos que afectan a la sociedad, aunque a costa de su propia seguridad siempre habrá una pluma dispuesta a dar cuenta de ello.

Al lado del periodismo político comienza a asentarse, con evidente signos de fuerza, el informativo, al que dará dinamismo y un aire de modernidad la presencia del telégrafo. El acercamiento de las distancias, atrae el nacimiento de una prensa

innovadora, basada en la presentación de noticias, tanto provinciales como extranjeras, con un apartado para las de última hora, que aporta orgullosa el medio gracias al telégrafo.

La evolución favorable de la alfabetización, aunque lejos todavía del crecimiento europeo (en 1860 hay en España 3.129.992 personas que saben leer y escribir, es decir, un veinte por ciento de la población total) y la prolongación del ferrocarril, establecido por compañías extranjeras, que en 1870 se ha convertido ya en el medio de transporte dominante para el traslado de mercancías y personas, acercan en las zonas de expansión, sobre todo, la prensa a provincias.

Va quedando algo más lejos el momento histórico en el que, debido al altísimo índice de analfabetismo, el escritor, escribe para él mismo o, lo que es decir, para los minoritarios círculos ilustrados. Un factor social añadido ha entrado, además, con la irrupción de la burguesía como clase, cual es el de la movilización de estratos concretos de la sociedad. Los escritores, políticos, periodistas, saben que para quebrar determinados grupos de poder tienen que utilizar, aleccionándolas, a las masas. La clave es, pues, instruir al pueblo; para ello, nada mejor que acercarlo a la letra impresa. Incluso ésta última tendrá otra vía de penetración: la de la lectura dirigida, normalmente de un periódico, a una audiencia obrera analfabeta a la que trata de captar para una causa, casi siempre ideológica. Los gabinetes de lectura, fenómeno típico español del XIX, que adquieren su máxima

relevancia en torno a la Revolución del 68, son un escenario donde se leen, discuten y comentan los textos, prolongando así nuestra mejor tradición oral literaria medieval, cuando los curas y monjes eran los únicos que sabían leer y escribir.

Los años que transcurren entre la Revolución del 68 y la Restauración de 1875, contemplan un despertar económico que se ve favorecido por las leyes librecambistas y por otro lado, por el estímulo que supone la recaudación en las obras de prolongación del ferrocarril. Debido a ello, hay un desplazamiento humano de unas zonas a otras en busca de trabajo en las principales industrias. El sufragio universal, la libertad individual y de cultos que defiende la constitución resultan decisivos en el levantamiento de una sociedad más moderna y, por ende, del hombre nuevo que surge de ella.

La libertad de expresión, en su más amplio sentido, en que se mueve ahora el individuo, sobre todo en los años inmediatamente posteriores al triunfo de la Revolución de 1868, tiene su máximo exponente en la prensa. La lucha secular mantenida en España en pos de la libertad confiere a la Revolución citada su carácter de acto culminante, siendo en la prensa donde principalmente se manifiesta no sólo la satisfacción de los grupos triunfantes, mas también el desaliento de los vencidos. Y algo que era de esperar: las dos España separadas por la brecha del 68 van a dirimir una segunda lid, ideológica sólo, en el cotidiano escenario de la prensa decimonónica.

Un primer signo significativo de la ansiedad con que el lector-espectador contempla el espectáculo es el número de periódicos que presenta el periódico, unos seiscientos, que van a depender para subsistir únicamente de causas económicas o de empresa; pero cuya extinción nunca estará motivada por cierres de censura, ya que las opiniones, tanto para los que apoyan a la instaurada República como para los que la defienden, el restablecimiento de la Monarquía estarán protegidas por la constitución más liberal del siglo.

El camino, en cualquier forma, hasta la profesionalización del periodista, zarandeado desde fuera sin contemplaciones y mal considerado desde dentro por los patrocinadores de la publicación, no está exento, desde luego, de dificultades que hacen azaroso el desempeño de su oficio. Es, todavía, a principios del último tercio del siglo, un empleo mal retribuido, arriesgado como para estar siempre en el punto de mira de cualquier fanático que, no estando de acuerdo con lo que lee, se siente ofendido hasta el punto de descargar sus iras y, a veces, sus armas, en el cuerpo del articulista. Los trabajos de éstos, no siempre aparecen con firma; más bien sin ellas, o con la del director que suplanta la autoría de aquéllos. No sería hasta unos años más tarde, en 1895, que la Asociación de la Prensa, viniera a sentar unas innovadoras bases de protección del oficio.

Con la concreción del periodismo como oficio decrece también el número de conocidos literatos que, cautivados por las

posibilidades y fama que ofrece el medio, dedican a éste una parte importante de sus vidas, publicando en él, por vez primera, lo esencial de sus obras.

En rigor, el literato se ha servido de la prensa para un doble objetivo: en primer lugar, como herramienta de trabajo en tiempo de penuria y, luego, para dar a conocer su producción. Para ello, no ha dudado en ningún momento en ser parte activa de los despachos periodísticos, dirigiendo y creando los mismos diarios, o, lo que está en más consonancia con su prístina vocación, publicaciones de índole literarias o semiliterarias.

A partir de ahora, el escritor de profesión, con ilustres excepciones, va a ser un elemento ajeno a los problemas que conlleva la confección del periódico, con el que, en cambio, intercambiará una prestación de servicios: su nombra aparecerá con más o menos frecuencia en las columnas de aquél, compartiendo en dosis similares, la buena fama y nombre que de cada uno de ellos se desprende. A modo de ejemplo, las firmas de Galdós, Navarro Villoslada, Valera, Pardo Bazán, Campoamor, Clarín, a cuyo cargo está la crítica literaria de varios diarios y publicaciones, y Azorín, que va a verse prácticamente unido al periodismo durante toda su vida, son requeridos por los diarios de mayor tirada de las últimas décadas del XIX, acogiendo narraciones, cartas, fragmentos de novelas o impresiones de viaje de estos escritores.

Si prensa y revistas culturales han servido en otro tiempo como vehículo para la difusión de los principales movimientos literarios, del mismo modo las nuevas tendencias, como el Realismo o el Naturalismo, tendrán, igualmente, su representación y eco en aquéllos, sobre todo a través de traducciones de novelas europeas, así como de las narraciones, artículos y poesías de los escritores nacionales.

Mas, desde muchos rincones del país, la prensa continúa viéndose como una presencia que levanta temor. Pese a tales dificultades, o haciendo caso omiso de ellas, contemplamos el imparable caminar de aquélla, que se vale siempre de sus propios ardides para salir fortalecida de cada embate sufrido.

Ya en 1887, el panorama global de los periódicos y revistas que se imprimían en España, para una población de más de dieciséis millones de habitantes, era de mil ciento veintiocho publicaciones, con una proporción de una por cada quince mil individuos. Madrid con cuarenta y un periódicos y ciento treinta y cinco semanarios, era el mayor baluarte de la prensa. Cádiz, encabezaba la relación de provincias con veinte diarios, mientras que Málaga editaba doce.

En cuanto a la adscripción ideológica, de los cuatrocientos noventa y dos periódicos, en este sentido, existentes, eran monárquicos ciento trece; los denominados independientes, setenta y ocho; republicanos, setenta; oficiales, cincuenta;

conservadores, también cincuenta, y, carlistas, treinta y cinco. Los defensores del socialismo eran siete.

En este tiempo, cercano al fin de siglo, la prensa no dejaba, de una forma u de otra, de asumir un protagonismo que, a decir verdad, no le había faltado nunca en los últimos cien años: bien recogiendo la actualidad de la calle, bien el azaroso acontecer de los gobiernos y personajes que, sin pausa, se sucedían pretendiendo enderezare o encaramarse en la nave vacilante de la nación. Más de una vez, además, la noticia que acapara la atención de un público que no se cansa de contemplar el paso desmedido es, por diferentes motivos, la misma prensa.

La consolidación de la gran prensa es ya una realidad inamovible, promovida por los círculos financieros y depositada, más tarde, en manos de grupos familiares. En poder de esta burguesía están también las revistas ilustradas, con grandes tiradas y definitivamente incorporadas, a su modo, al circuito informativo en el que resaltan por el gran despliegue técnico con que rodean a las noticias y a los temas de actualidad.

Otros elementos dignos de resaltarse de la prensa finisecular serían la aparición de importantes periódicos provinciales, tanto más influyentes cuanto económicamente lo son las regiones a las que, muchas veces representan en su propio dialecto, caso de Cataluña.

Consecuencia directa del afianzamiento del periodismo como empresa será su concentración capitalista, provocando el

ocaso de los pequeños rotativos, incapaces de sobrevivir a la feroz competencia que se les impone.

Frente a los grandes diarios, cuyo objeto es la venta masiva de ejemplares, pervive la prensa obrera gracias a la economía de medios que emplea y a su autosuficiencia, a la que da fuerza la masa a la que se dirige, buscando la difusión de ideas, ubicada en la zona de desarrollo industrial.

Al final del XIX, el ambicioso sendero recorrido por la prensa, ha fructificado en el establecimiento de una clase de periódico que, a juicio de muchos estudiosos, reunía ya todas estas características, no muy distintas a las que definen a los actuales:

Primero, la abundancia de información, mejor, más amplia, copiosa, variada y más extensa, alimentadas por corresponsales en cada capital de provincia y en capitales de Europa, con noticias telegráficas y a veces dos ediciones: una por la mañana y otra por la noche.

Luego la variedad de secciones: sucesos que ocurren; lo que se relaciona con la marcha de los negocios comerciales, industriales y bancarios, anuncios, telegramas del extranjero, cartas de las provincias, extractos de sesiones de Cortes; viajes y entrevistas que aumentan mucho el interior del periódico, crímenes y vistas públicas de la audiencia, sección diaria de teatros y otros espectáculos, artículos literarios, obras poéticas,

cuentos, anécdotas, novelas o folletines encuadernables, crítica,
etc.

